



(a don Álvaro del Portillo)

Cuando Dios sueña

Queridísimo don Álvaro

Me cuesta escribir su nombre sin poner el “don” delante. Yo sé que a los bienaventurados del Cielo se les trata de tú, sin títulos añadidos; pero aún faltan unos meses para su beatificación. Cuando llegue ese día y quizá yo mismo asista a la ceremonia, podré suprimir el “don” sin perderle el respeto. Hasta entonces, permítame que, en este e-mail imaginario, le escriba como siempre lo he hecho, como a un hermano mayor o a un padre.

He pedido al director de **Mundo Cristiano** que en el mes de noviembre me reserve dos páginas en vez de una. Ahora pienso que necesitaría media revista para traducir en palabras todo lo que me viene a la cabeza. El único problema es que no sé por dónde empezar.

He vivido casi siete años muy cerca de usted, en Villa Tevere, la sede central de la Prelatura del Opus Dei, en Roma, y conservo en el álbum de mi memoria docenas de imágenes suyas. La mayor parte son instantáneas, estampas intrascendentes para cualquiera que no haya estado allí. Para mí esas fotografías tienen vida propia. No las amarillea el tiempo ni pierden lustre con el paso de los años. ¡Ojalá pudiera protegerlas del olvido, haciendo una copia de seguridad en el disco duro, ya un tanto quebradizo, de mi mollera! Sé que he estado junto a un santo y Dios me pedirá cuenta de haberlo conocido.

En esas fotografías usted nunca está solo; a su lado se encuentra siempre la figura sonriente, entrañable, de san **Josemaría Escrivá**. Lo curioso es que también aparecen los dos juntos cuando san **Josemaría** ya no estaba en la tierra y usted le había sucedido al frente de la Obra.

Creo que no se trata de un capricho de mi imaginación. Querido don **Álvaro**, todos sabíamos desde siempre que ésa era su vocación:

estar junto al Fundador, servirle de apoyo. Ser roca: *saxum*, como le llamó san **Josemaría** cuando aún era muy joven.

Dicen los filósofos que el hombre llega a ser “persona” por su relación con los demás. Nacemos para dar y recibir amor. Quien vive para sí mismo ni siquiera llega a ser plenamente humano. Usted, don **Álvaro**, tuvo muchos amores en este mundo. Amó a sus padres con toda el alma, a sus hermanos de sangre, a los que,

[Es Dios quien sueña y hace partícipes de sus sueños a los hombres. Usted, don Álvaro, fue parte de ese “sueño”]

con el paso de los años, fuimos hijos suyos en la Obra y a millares de personas que se beneficiaron de sus cuidados del buen pastor. Y, por encima de todo, amó mucho a Dios Nuestro Señor, se entregó a Él y se dejó amar por Él.

De ese Amor –lo escribo adrede con mayúscula– surgió una relación inefable con otra alma privilegiada; con san **Josemaría Escrivá**, a quien Dios había elegido para fundar el Opus Dei. Aquella relación fue tan estrecha, tan honda y sobrenatural que sólo podía proceder de la Gracia divina. Todos los que le conocieron cuando aún no había cumplido treinta años, comprendieron que aquel joven ingeniero inteligente, recio, de pocas palabras y enorme corazón, era el regalo que Dios había preparado desde la eternidad para entregárselo al Padre.

¿Cómo se manifestaba esa relación con san **Josemaría**? Sólo sé expresarlo con imágenes

San **Josemaría** fue un torrente impetuoso. Usted, don **Álvaro**, fue el remanso donde se embalsaba aquella agua viva, de la que todos podíamos beber.

San **Josemaría** fue una fuente de energía sobrenatural destinada a rejuvenecer la Iglesia. Usted, don **Álvaro**, fue el superconductor que, sin retener para sí nada de esa energía, la transfería íntegra a sus hermanos. Hace años usted mismo empleó esta imagen para pedirnos que también nosotros fuésemos superconductores de la Gracia de Dios y, por tanto, superhumildes.

San **Josemaría** hablaba y escribía con la humilde autoridad de quien trasmite una doctrina no propia, sino recibida de lo alto. Alguien dijo que algunas personas –muy pocas– son “texto”; los demás sólo somos “comentario”. Son “Texto” los que han alcanzado la sabiduría, aquellos a los que Dios confía un mensaje para la humanidad. Usted, don **Álvaro**, fue el comentario auténtico de ese texto, la glosa fiel que nos enseñó a leerlo y a vivirlo.

San **Josemaría**, con sus palabras y su doctrina, lanzaba doblones de oro, igual que en las antiguas bodas de los reyes. Cualquiera podía buscarlos y apropiárselos, pero sólo usted, don **Álvaro**, fue capaz de reconocerlos y tomarlos uno a uno, no para enterrarlos como el siervo holgazán de la parábola, sino para administrarlos con sabiduría y para que dieran fruto en sus hermanos.

Esta relación con san **Josemaría** no terminó jamás; ni siquiera cuando el Fundador se fue al Cielo. “Donde hay patrón no manda marinero” dijo usted a un grupo de fieles de la Obra, el mismo día en que fue nombrado sucesor del Padre. El “Patrón” ya estaba con Dios nuestro Señor, pero seguía gobernando, a través de su hijo más fiel, aquella “partecica” de la Iglesia que Dios puso sobre sus hombros.

El 2 de octubre de 1928 Dios había mostrado a san **Josemaría** un panorama colosal de santidad y apostolado, y le encargó que lo convirtiera en vida. Alguien escribió años más tarde que el fundador del Opus Dei era “un soñador”. Habría sido más exacto decir que es Dios quien sueña y hace partícipes de sus sueños a los hombres. Usted, don **Álvaro**, fue parte de ese “sueño” y, como buen hijo de tan gran Padre, heredó con todas sus conse-



cuencias la misma “chifladura divina” de san **Josemaría**.

Por eso nos invitó a lanzarnos mar adentro para una pesca de altura. Estamos en la barca de Pedro, muy unidos al Papa, y seguimos soñando con que se hará realidad la nueva evangelización a la que ahora nos llama el Vicario de Cristo.

<http://pensarporlibre.blogspot.com>